

# COMUNICACIONES

## EL PERSONALISMO COMUNITARIO ANTE EL CIUDADANO Y EL ESTADO

Frente a los que piensan que el Estado tiene la solución a todos los problemas, mientras que cuanto más grande es más deudas tiene; frente a los que creen que el Estado va a solucionar el paro y cada vez crece más en funcionarios y en burocracia; frente a los que imaginan que el Estado producirá la igualdad cuando el capitalista es desigual y el comunista es dictatorial; frente a los que ven la solución del futuro en el Estado que se arma hasta los dientes con su sed de imperialismo, la *apuesta por un personalismo comunitario* presenta, frente al individuo y la masificación, la persona y la comunidad como los dos ejes de una sociedad donde se prime más el talante ético que “político” en sentido estrecho; se promueva la participación de todas las personas; se compartan socializadamente los bienes, pues son de naturaleza comunitaria; se trate al hombre como fin en sí mismo y nunca como medio; se potencie el pacifismo a todos los niveles y se insista en el modelo autogestionario, promoviendo un modo de vida más estoico que epicúreo<sup>1</sup>.

Si bien la sociedad hace al hombre, también es verdad que el hombre construye la sociedad. Por eso esta apuesta se centra en la *persona* que desde su origen es un “ser-hacia”, un movimiento hacia otro, en una palabra: relación. La persona es un dentro que necesita un fuera. El fuera de la persona es la sociedad. Pero la sociedad no es colectivismo ni anonimato. La verdadera sociedad es una sociedad de personas, *una comunidad sin Estado*. Aquí está la utopía que nos pone en camino. Profundicemos un poco más en ella.

### A) Dimensión comunitaria de la persona

El hombre lleva a los otros en sí mismo desde su nacimiento. Cargado como

<sup>1</sup> Vida Nueva, n.º 1.498, págs. 23-30.

está de herencia y de lenguaje todo lo que le queda por hacer es apoyarse en ese ser social para liberarlo de condicionamientos y organizarlo sustituyendo el orden de la determinación por el de la elección y el libre amor. En palabras de Mounier, "el destino central del hombre no es dominar la naturaleza ni saborear su propia vida, sino realizar progresivamente la comunicación de las conciencias y la comprensión universal"<sup>2</sup>.

El sueño del personalismo comunitario no es el de construir una sociedad del bienestar, sino una sociedad que dé el máximo de posibilidades al desarrollo personal, sabiendo que es iluso pensar que con sólo la lucha económica y política se puede conseguir esto. Además existen otros obstáculos como la ignorancia, la mentira y las pasiones. Por eso, la sociedad a la que aspira no se basa solamente en la justicia, sino que incluye también verdad y comprensión.

En este proceso de construcción personalista, el Estado debe situarse como árbitro entre las personas colectivas e individuales. Su función normal es la de estimular, dirigir, vigilar, contener y ejercer arbitraje. Su función excepcional es la de rehacer al individuo o a la colectividad en su decaimiento, pero desaparecer cuanto antes después de crear los recursos suficientes que prevengan las deficiencias. No es el Estado parte civil contra las personas, sino que el Estado es tutor de las personas y del Bien común. Por eso, si bien el Estado no tiene derecho de propiedad, pues sólo poseen las personas individuales o colectivas, el Estado posee un derecho de jurisdicción para establecer la justicia según ley.

## B) Un socialismo humanista

El individualismo del siglo XIX ignoró la vertiente comunitaria del hombre. El totalitarismo ahogó absolutamente a la persona humana. Según Mounier, un nuevo rostro de socialismo se impone en la sociedad actual, en el que concurren estos factores: "La abolición de la condición proletaria; la sustitución de la economía orgánica fundada sobre las perspectivas totales de la persona; la socialización sin estatización de los sectores de la producción que mantienen la alienación económica; el desarrollo de la vida sindical; la rehabilitación del trabajo; la primacía del trabajo sobre el capital; la abolición de las clases formadas sobre la división del trabajo o de la fortuna; la primacía de la responsabilidad personal sobre el aparato anónimo"<sup>3</sup>.

Mounier defiende un Socialismo humanista que, en todo momento, esté al servicio del hombre total. De esta manera pensaba que podría evitarse la dictadura de los tecnócratas, verdadera plaga del siglo XX.

<sup>2</sup> Doménach, J. M., *Mounier según Mounier*. Laia, Barcelona, 1973, pág. 96.

<sup>3</sup> Mounier, E., *Oeuvres complètes*. T. III, pág. 619.

### C) La revolución personalista y comunitaria

La apuesta por el personalismo comunitario es revolucionaria. Esta revolución se caracteriza porque quiere llegar a la realidad de la persona. Esta no es el individuo. Mientras el individuo implica sujeción a la materia, la persona es dominio, elección, formación, conquista de sí.

Hay una idea obsesionante y central en el pensamiento de Mounier: Frente a las dos tiranías igualmente opresoras, la del mundo del dinero y de las colectividades, es preciso y urgente definir y propagar unos métodos, no sólo de demostración, sino de acción, apuntando a metas precisas.

El primer acto de esta revolución es personal. Consiste en una toma de conciencia del desorden existente, y de que todos nosotros somos culpables, porque, de alguna manera, participamos en el mal. Más aún, el mal está en nosotros. Una revolución auténtica ha de empezar desde nosotros mismos. Ser veraces, desinteresados, preocupados por el bien común. "Llamamos revolución personal, dice Mounier, a la actuación que nace en cada instante de una toma de mala conciencia revolucionaria, de una rebelión dirigida en primer lugar contra uno mismo, contra su propia participación o su propia complacencia en el desorden establecido, contra la separación que tolera entre lo que él sirve y lo que dice servir, y que, posteriormente, se transforma en una conversión continua de toda la persona solidaria, palabras, gestos, principios, en la unidad de uno mismo, compromiso"<sup>4</sup>.

La revolución no es inmovilismo, ni satisfacción de intereses propios, como tampoco es mera agitación nerviosa o biológica. Ser revolucionario es, ante todo, *ser*. No trabajar para la galería, a fin de obtener el aplauso de los otros o para satisfacer vanidades, sino esforzarse por conseguir "una presencia fecunda". El hombre revolucionario, dice Mounier, ha de expresar su oposición a los principios y a los mecanismos del mundo del dinero, así como abstenerse de toda ganancia que no provenga de un trabajo personal. El revolucionario, en una palabra, no puede colaborar en las estructuras que sostienen, de algún modo, el desorden establecido.

Para terminar, dejemos oír de nuevo la advertencia que Mounier hizo en abril de 1933, en la época de las revoluciones culturales: "Nosotros no queremos un mundo feliz, nosotros queremos un mundo humano, y un mundo no es humano más que si brinda sus posibilidades a las exigencias esenciales del hombre. Toda alteración que no esté gobernada por aquéllas, toda revolución que no vaya acompañada de una transfiguración, morirá de su propia muerte". Si no se cambia el corazón de los hombres y las relaciones entre los hombres, en la aspereza de lo cotidiano, las revoluciones no harán otra cosa que traernos nuevos tiranos.

J. L. Vázquez  
Barcelona

<sup>4</sup> "Esprit", diciembre (1934), pág. 269.